



1. Mundo árabe: las revoluciones pendientes

El estado de la revolución árabe

Vijay Prashad

No cabe duda de que los levantamientos de 2011 han tenido un impacto decisivo en el mundo árabe. Líderes derrocados en Túnez y Egipto, un régimen destruido en Libia, monarquías nerviosas en el Golfo y una mortal guerra civil que desangra Siria. La magnitud de estos cambios no era previsible diez años atrás, cuando la coraza de seguridad del Estado neoliberal, ejemplificada en el régimen de Mubarak en Egipto, se mantenía firme. Los focos se concentraban en la devastación provocada por la destrucción de Irak. La insolencia del empuje imperialista dejaba petrificados no solo a los líderes de los Estados árabes que se apresuraron en colaborar con Estados Unidos, sino que cubría a la población con un manto de tinieblas. ¿Qué posibilidades había si sus propios y severos regímenes se convertían en subcontratistas de Estados Unidos, en un mundo cada vez más unipolar y postrado ante el imperialismo? 2011 cambió todo esto.

Bajo la superficie de los Mubarak y Ben Ali, a la vuelta de la esquina de sus servicios de inteligencia (*Mukhabarat*), crecía una importante resistencia. Aparecía en muchas formas, algunas superpuestas y a menudo antagónicas entre sí.

1. La fuerza de oposición más evidente fue el *islam político* (*al-harakât al-islamiyya al-siyassiyya*). Surgió en la década de 1920 como parte de un movimiento global para desviar los recursos del islam hacia las luchas anticoloniales. La Hermandad Musulmana, fundada en 1928, no fue solo una reacción a lo que ella veía como occidentalización, sino también un intento crucial de proporcionar bienes institucionales (atención médica, educación) a la gran masa de egipcios que se habían quedado fuera de la modernización del país. Fue esta doble naturaleza del islam político lo que lo distingue de las formas más reaccionarias (retrógradas) del islamismo, como pueden ser los salafistas.

Las fuentes del islam político contemporáneo son muchas, y su fuerza deriva de los escritos de tan diversos coetáneos como Sayyid Maududi (1903-

1979) y Sayyid Qutb (1906-1966). La teoría de Qutb de que el islam político debe ir en primer lugar tras el “*enemigo cercano*”, es decir, los nuevos Estados del mundo árabe debido a su impiedad (*kufr*) antes de ir tras el “*enemigo lejano*”, el bloque imperialista, convirtió a sus fuerzas objetivo de la represión interna. Asesinatos, incluido el del propio Qutb en Egipto, empujaron a sus líderes hacia el exilio o la clandestinidad y aceleraron su giro hacia la lucha armada -un sector de la Hermandad en Egipto se escindió para formar la Yihad Islámica, uno de los orígenes de Al-Qaeda. Inspirado por la Revolución iraní de 1979, financiado por las monarquías del Golfo que preferían que el “enemigo cercano” estuviese lejos de sus propios emiratos, y azuzado por la inteligencia occidental para frustrar el crecimiento de la izquierda y hasta del liberalismo, el islam político vivió un crecimiento acelerado en los ochenta. Es lo que les permitió en Argelia y, con una historia un tanto diferente, en Turquía, acercarse al poder político y después ser derrocados por una fuerza militar. En Argelia esto condujo a una brutal guerra civil (1991-2000), mientras que en Turquía el “golpe postmoderno” (1997) llevó al Partido del Bienestar a llevar a cabo una inteligente política de alianzas que acabó dando lugar a la formación del AKP (2001), el actual partido gobernante. El carácter de masas del islam político tuvo que permanecer en las sombras, cuidado en las mezquitas mientras su rostro público se metamorfoseaba, con la excepción de Turquía, en guerras civiles o terrorismo. En Siria, donde el islam político había sido duramente reprimido, sus líderes vivían en el extranjero y solo tenía presencia en la mitad de las gobernaciones del país. La ventaja del islam político consistía en que tenía cuadros dedicados, una presencia en la vida diaria de las masas de la población a través de las mezquitas y, por ello, la habilidad de lanzarse a la vida política.

2. La segunda fuerza más poderosa en el mundo árabe la constituyó la oleada de *jóvenes* cuya frustración con los sofocantes regímenes provenía de diferentes ejes, angustia por la falta de salidas laborales, frustración por la falta de oportunidades políticas y desánimo provocado por el anquilosamiento social de los regímenes de seguridad nacional. No hay duda de que existen fisuras que dividen a estos jóvenes en líneas de clase, y estas requerirán un análisis mucho más claro. Sin embargo, el sentimiento que existe entre los jóvenes de “borrón y cuenta nueva” ha de ser puesto sobre la mesa. Tras haber participado en el derrocamiento de Ben Ali y Mubarak, y de manera tangencial en el de Gadafi, hay una sensación entre este sector de la población de no querer conformarse con nada que no sea una verdadera transformación del régimen político. No carecen de experiencia política, como quedó patente particularmente en Egipto. Durante los 10 años de agresión imperialista, fueron estos jóvenes los que formaron la base de los principales movimientos de protesta en Egipto. Su formación política les llegaba, curiosamente, por las posibilidades que

les brindaban intelectuales de izquierdas y nasseristas que habían formado en 2002 el Comité Egipcio Popular en Solidaridad con la Intifada. En respuesta a las atrocidades perpetradas por Israel contra los palestinos, los estudiantes organizaron protestas en solidaridad a lo largo de todo Egipto, incluida la Universidad de Alejandría donde la policía mató durante una manifestación el 9 de abril a Mohammed El-Saqa, un estudiante de 20 años (casi trescientos estudiantes fueron heridos durante esta Intifada egipcia). De este sentimiento a favor de la Intifada a la vez que EE UU planeaba su guerra en Irak, surgió un bloque contra la guerra. Durante los días 20 y 21 de marzo de 2003, unos 20 mil estudiantes ocuparon la plaza Tahrir en protesta por el inicio de las operaciones estadounidenses en Irak. El régimen de Mubarak prohibió las manifestaciones y arrestó a 800 personas, incluidos dos diputados, el popular líder nasserista Hamdeen Sabahi y el ex militante del Partido Wafd Mohamed Farid Hassanein. En octubre, el escritor de izquierdas Sonallah Ibrahim comentó valientemente cuando fue a recibir el premio al novelista del año otorgado por el gobierno egipcio *“un gobierno que, en mi opinión, no posee la credibilidad de otorgarlo”*, y salió dejando el premio sobre la mesa. Las consignas en las calles reflejaron este sentimiento: *“Bagdad es El Cairo, Jerusalén es El Cairo”*, vinculando los sentimientos a favor de la Intifada y contra la guerra con las luchas en Egipto, *“queremos que Egipto sea libre; la vida se ha vuelto amarga”*. De todo esto surgió Kefaya, uno de los pilares de Tahrir en la revolución de 2011. La “juventud” que fue a protestar poseía la experiencia de una década en estas luchas consensuales contra el imperialismo que con tanta seguridad se había paseado por tierras árabes durante las últimas décadas. Los jóvenes también están vinculados a la clase obrera a través del crecimiento del Movimiento Juvenil 6 de Abril que se desarrolló en solidaridad con la huelga de los trabajadores del textil prevista para el 6 de abril de 2008. Es entre tendencias juveniles donde germinan nuevas ideas sociales, nuevas formas de considerar las relaciones entre géneros, nuevas relaciones entre los diferentes grupos religiosos, etc. Las formaciones políticas tradicionales suelen hacer hincapié en las diferencias sectarias o apuran el regreso a formas estandarizadas de poder familiar, mientras que los nuevos bloques sociales son más abiertos a la hora de considerar nuevas formas de vida social. Esto supone un avance fundamental que entra en total contradicción con la asfixia que suponen incluso las políticas religiosas más moderadas.

3. La tercera línea de resistencia es mucha más difusa y menos reconocida por los principales medios de comunicación a pesar de que a largo plazo sea quizás el movimiento más importante: los destellos de protesta política de lo que queda de *la clase obrera organizada y de las barriadas marginales*. En Egipto casi dos millones de trabajadores se han visto involucrados en una oleada huelguística que empezó en 2004, incluyendo las colosales huelgas del textil

“Las viejas clases sociales, con fuertes lazos con todos los poderes políticos, permanecen erguidas independientemente de quien tome el poder, a menos que lo tome la clase obrera y sus aliados desheredados”

de 2006 (en la que destaca la que tuvo lugar en la fábrica Misr Hilados y Tejidos de Mahalla, con 25.000 trabajadores) y las huelgas de recaudadores de impuestos municipales en 2007 (10.000 trabajadores hicieron una sentada en las calles de El Cairo y crearon la Unión General de Trabajadores de Impuestos sobre Bienes Inmuebles). En Túnez, los trabajadores de las minas de fosfato en Gafsa que libraron una cruenta lucha contra el Estado y la mafia minera en 2008 animaron a la antes somnolienta Unión General de Trabajadores Tunecinos (UGTT). El reavivamiento de las políticas de la clase obrera llegó al mismo tiempo que se producía un dramático

descenso de los niveles de vida en el mundo árabe, especialmente debido al aumento del precio del pan causado por la inestabilidad en el mercado mundial de trigo durante los años previos a 2011. No hay que subestimar el peso de la clase obrera organizada, ni tampoco exagerarlo porque justo al lado de esos trabajadores se encontraban los residentes aparentemente desorganizados de las barriadas, cuyas formas de subsistencia habían sido igualmente constreñidas. Las ciudades del Sur Global son catalizadas por una abrumadora emigración del campo a la ciudad y por lo tanto por la aparición de una urbanización permanente a modo de barriadas miserables. Estos migrantes rara vez llegan a trabajar en sectores organizados, trabajan para subcontratistas, se convierten en pequeños empresarios, trabajan como empleados domésticos, etc. Para ellos la política no se suele concentrarse en sus lugares de trabajo, donde trabajan en pequeños grupos a menudo sujetos a sistemas disciplinarios, donde miserablemente los amenazan por tan solo objetar el tono de voz de sus supervisores. El crecimiento sindical en estos sectores económicos es limitado, y por lo tanto las protestas económicas son pocas y distantes entre sí. En cambio, allí donde viven tienen muchas más posibilidades. Aquí están concentrados demográficamente y existen problemas claros por los que luchar, concretamente el acceso al agua y a la electricidad, el precio de los alimentos y la seguridad para sus familias. Es aquí donde el islam político juega cierto papel, en gran parte debido a la presencia de las redes de mezquitas dentro de las barriadas. Pero no son decisivos porque, aparte de la creación de una red asistencial paralela, el islam político hace un análisis superficial de las presiones capitalistas y tiene pocas respuestas a las preguntas que se hacen en las barriadas sobre su privación. Las políticas de las barriadas no son menos importante que las políticas de las fábricas. De hecho, estas dos fuerzas fueron la base de masas no reconocida del resurgimiento árabe de 2011, pero no tenían una plataforma electoral organizada que les permitiese transformar su fuerza

demográfica en poder legislativo. La persona que estuvo más cerca de liderar esta tendencia fue Hamdeen Sabahi, pero su plataforma política, la Corriente Popular Egipcia, carecía de la capacidad organizativa para aprovechar su potencial. En Túnez, el asesinato de Chokri Belaid en 2013 silenció la dinámica del Frente Popular, que posiblemente resurgirá como portadora de esta posibilidad.

4. El sector favorecido por Occidente, pero con una base social escasa, lo forman lo que se llama los *liberales seculares*. Estos son a menudo sectores de la burguesía y de los asalariados, que tienen conexiones con occidente tanto a través de la educación universitaria o a través de su propia actividad económica, y que han aceptado la idea de que no existe alternativa a la hegemonía occidental (aunque serían los primeros de la fila en hablar en contra de los estragos a los derechos humanos que han provocado los gobiernos occidentales mediante sus guerras imperialistas), y que creen que uno de los resultados de esta hegemonía es que las políticas económicas de libre mercado vinculadas a una agenda de derechos humanos constituyen la vía hacia delante más plausible para sus propios países. Estos partidos liberales carecen de una base de masas porque existe solo una limitada masa de seguidores de sus puntos de vista. Además, el liberalismo en el Sur Global se ve comprometido, por ejemplo, por la facilidad con la que abjura de su agenda de derechos humanos una vez que el Estado comienza a perseguir a los islamistas, a los que los liberales consideran objeto justo de la represión estatal; esto fue más evidente después del derrocamiento de Morsi en 2013. El liberalismo se ve también debilitado por su adhesión a las políticas del tipo FMI, las cuales son conocidas ampliamente por agudizar la desigualdad, una de las principales quejas de las masas de población del Sur Global. A pesar de que esta gente aboga por unas agendas legales y legislativas, parecen bastante confortables con la religión del mercado libre, que a menudo constriñe la vida de las masas. Sus abanderados encuentran más fácil llegar al poder montados en la parte trasera de un tanque (como Mahmud Jibril hizo en Libia en 2011 y como Hazem al-Beblawi hizo en Egipto en 2013) que a través de la vía electoral, donde simplemente no tienen ni la organización ni la ideología para motivar a millones de personas. En Egipto, los liberales seculares fueron capaces de mantenerse en la dirección del Frente de Salvación Nacional, una plataforma creada para oponerse al proceso constitucional de Morsi en 2012 y que incluye a liberales (tales como Mohamed el-Baradei y Amr Moussa) y a izquierdistas (Hamdeen Sabahi y la izquierda marxista). Figuras clave liberales del Frente de Salvación Nacional, como el-Baradei, Ziad Bahaa-Eldin, Laila Rashed Iskander, Durriyah Sharaf Aldin y Maha el-Rabat se han unido al gobierno de al-Beblawi, lo que significa que aprueban el derrocamiento del cada vez más autoritario gobierno de Morsi y unir esfuerzos con el ciertamente autoritario mando militar. El debate

sobre si el derrocamiento de Morsi fue o no un golpe (ya sea como en Turquía en 1960 o Chile en 1973) es de gran importancia para EE UU y para el ejército egipcio (están en juego 1.300 millones de dólares) y para la izquierda liberal, a la que no le gustaría que el aspecto militar eclipsara las luchas de masas contra Morsi. Sin duda fue la lucha de masas la que agitó la jaula de la Hermandad Musulmana, pero fueron los militares los provocaron la transferencia de poder. Los liberales se vieron con pocas alternativas más que la de unirse al nuevo régimen, lo que es una ventaja a corto plazo, pero a medio plazo constituye un problema sobre sus demandas de democracia.

5. Las luchas con carácter de masas se desarrollan a partir de la interacción entre maniobras económicas (como en las huelgas) y las protestas políticas (como en las luchas en contra de la guerra y a favor de la Intifada) así como a partir de una lenta transformación del terreno social donde la legitimidad gobernante se erosiona. No hay forma de predecir cuando una lucha limitada (esta huelga, esta manifestación) estallará desde su marginalidad para convertirse en una considerable fuerza social. Es en esta transformación donde el espíritu de espontaneidad aparece. Cuando se produce el estallido, y cuando la protesta se convierte en una fuerza social por derecho propio, personas que no tienen un papel en luchas más pequeñas, se ven atraídas a unirse. Las tendencias prudentes y cautelosas de sectores de las clases populares son arrojadas a la cuneta mientras un nuevo sentimiento romántico invade la protesta. El miedo de unirse a la protesta desaparece y un entusiasmo de ser parte de un nuevo movimiento histórico crece. Es en este ambiente de la “huelga de masas”, como decía Rosa Luxemburgo, donde las *personas generalmente apolíticas* empiezan a inundar las calles contra el viejo régimen, pero no a favor de cualquier otra cosa. Las revueltas se vuelven revolucionarias cuando sectores apolíticos se unen a la lucha, un punto que no puede ser ni calibrado ni fomentado. Este es el elemento de mística en la lucha política.

Esto es un pequeño esbozo de la clase de fuerzas políticas desatadas por lo que ha sido por lo menos una década de inestabilidad política. Dentro de la coyuntura de 2011-2012, estas fuerzas inhalan su propio poder y potencial y exhalan para derribar líderes. Pero su exhalación no fue suficiente para tirar abajo a todo el régimen político de un solo golpe. Los Estados no se sustentan solo sobre su cabeza, también echan raíces profundas que son a menudo difíciles de identificar y que hay que desenterrar. Las viejas clases sociales, con fuertes lazos con todos los poderes políticos, permanecen erguidas independientemente de quien tome el poder, a menos que lo tome la clase obrera y sus aliados desheredados. La burguesía está íntimamente ligada a los militares a través de estrechos acuerdos comerciales, y además ha sido la burguesía quien ha sido capaz de incorporar a sectores moderados (de élite) del islam político. Sus

intereses se mantienen intactos a pesar de la transformación. La visión burguesa del mundo se sirve de sus aliados intelectuales y políticos en la escena internacional (banqueros, el FMI, las agencias de calificación y por supuesto los gobiernos del Norte y las monarquías árabes del Golfo). Instan a los nuevos regímenes a seguir las viejas políticas adecuadamente presentadas como nuevos conceptos para endulzar el consumo político. Es este sentido de la naturaleza insuperable del cambio la que da lugar a conceptos como “el Estado dentro del Estado” y el “Estado en la sombra”, ideas que indican que hay elementos inmutables que mantienen el poder independientemente de quién esté ahora al mando.

El islam político es incapaz y está poco dispuesto a desafiar a estas viejas clases sociales. Tiene vínculos con ellas y no comprende suficientemente la enormidad del desafío económico que con tanta arrogancia proclamó que resolvería. Entre el sofisticado partido Ennahda capitaneado por Rached Ghannouchi y el audaz presidente de la Hermandad Mohamed Morsi, ahora depuesto, no existe ninguna diferencia en términos de su cometido al FMI y en su inhabilidad para elaborar una alternativa a favor del pueblo. Ni siquiera hay una agenda socialdemócrata exigiendo la anulación o renegociación radical de la deuda odiosa y la elaboración de propuestas de control de capitales para controlar la Inversión Extranjera Directa en lugar de permitir que campe a sus anchas en los sectores inmobiliario y financiero.

Agrupándose en torno a los nuevos regímenes, agravando sus limitaciones, están las fuerzas del capital global y del imperialismo del Norte que tienen en mente otros objetivos a las necesidades de los pueblos árabes. La revueltas de 2011 sacudieron a EE UU, cuyos principales pilares para la estabilidad, las monarquías árabes del Golfo e Israel, se ven amenazados por los desplazamientos de poder. En *Arab Spring, Libyan Winter* (2012), argumenté que la intervención en Libia de la OTAN-CCEPG [*Consejo de Cooperación para los Estados Pérsico del Golfo*] permitió al Norte obligar a sus propias fuerzas sociales a cabalgar de nuevo sobre la historia árabe. Parecía que el descontento popular se podía extender, vía Bahrein, al resto de monarquías del Golfo y que la destitución de Mubarak y las posibles amenazas a Assad en Siria y a Hussein en Jordán rodearían a Israel con regímenes islámicos no probados. Había que prevenirlo, lo que dio urgencia a la intervención de la OTAN. Ahora el Norte podría volver a erigirse como el amigo de la libertad tras la ignominia de ver a sus aliados (Ben Ali de Francia y Mubarak de EE UU) ser derrocados. A continuación una serie de cálculos un tanto temerarios les hizo apoyar a los rebeldes en Siria, aunque tras tres años de lucha ese apoyo no ha llegado a ser ni mucho menos un apoyo tangible y Siria continúa desangrándose. A través del FMI y de sus subvenciones militares, EE UU han sido capaces de introducirse de nuevo en el manejo cotidiano de Egipto y Túnez, a pesar de la antipatía que sigue teniendo la población contra la intromisión de EE UU

(como demuestran los cánticos contra la embajadora de EE UU Anne Patterson en 2013 y los ataques a instalaciones consulares en Libia y Egipto en 2012). Estas maniobras imperialistas son las que permiten a las viejas clases sociales tranquilizarse acerca de su inmoralidad. Las aserciones de los poderes regionales (Irán, Qatar, Arabia Saudí y Turquía) ocupan el centro de atención, pero bajo ellas los viejos capilares del Norte se fortalecen. Es complicado sacarlos a la luz y derrotarlos.

La espectacular caída de los principales líderes árabes en 2011 creó una impaciencia entre la población que se asemeja a los cortos intervalos de atención que exigen las nuevas tecnologías (sin ser las últimas de ellas las noticias de la televisión). Pero las ondas revolucionarias se mueven en un ciclo diferente. No solo trabajan a corto plazo. Por ejemplo, la Revolución Mexicana comenzó en 1910 y se prolongó durante dos décadas. Solo cuando Lázaro Cárdenas tomó el poder en 1934 el polvo se volvió a posar. La Revolución Rusa comenzó en 1917, pero no hizo pie (y solo apenas) antes de 1928. El derrocamiento de gobiernos autocráticos ocurre en un el corto plazo, la consolidación del nuevo régimen tiene lugar en el medio plazo y los cambios económicos y culturales necesarios para configurar un nuevo orden de las cosas tienen lugar en el largo plazo. La Primavera árabe fue la primera fase del corto plazo. Ahora estamos en el medio plazo, donde la lucha por establecer nuevas autoridades gubernamentales leales al espíritu de la Primavera árabe está en marcha. El derrocamiento de Morsi en 2013 forma parte de esta segunda fase, complicada por la entrada de los militares para consagrar su destitución. No nos encontramos en un punto próximo a la tercera fase. El conjunto de la Revolución árabe es un levantamiento “civilizatorio”, un enérgico impulso por parte de amplios sectores de la población contra el orden de las cosas bajo el que se veían obligadas a vivir: una fuerza bicéfala, con una cabeza representando a las políticas económicas neoliberales y la otra la seguridad del Estado. Sin duda fue un levantamiento para tener una voz política, pero no solamente para tener una voz política. Fue un proceso revolucionario contra la privación económica y la asfixia política, con el electoralismo solo como una táctica en un largo camino hacia un sentido de la participación más genuino dentro de una vida social más horizontal.

18/07/2013

Traducción: *Anxel Testas*

Vijay Prashad ocupa la Cátedra Edward Chair en la Universidad Americana en Beirut, su libro más reciente es *The Poorer Nations: A Possible History of the Global South* (Londres: Verso y Nueva Delhi: LeftWord, 2013).